ESCENA XI.

DICHOS Y FIGUEROA CON UNOS CORCHETES.

FIGUEROA. Ténganse á la Inquisicion.

VILLAMEDIANA. (*Saliendo de su concha*). Chiton.

MORALES. (*Asustado*). ¿Qué manda el Santo Oficio?

FIGUEROA. Tenéis en vuestra tropa á una farsanta llamada Jerónima de Búrgos.

JERÓNIMA. Yo soy.

FIGUEROA. (*A los alguaciles*). Llevadla.

ALARCON. (*Interponiéndose*). ¡Ay de quien á tocarla se atreva!

VILLAMEDIANA. (*Á Alarcon*). Mirad que la osadía no es valor, y que nada aventajaréis con oponeros. Tengo algun fraile poderoso por pariente y amigo, y os juro en mi ánima, que he de hacer cuanto pueda por Jerónima.

Guardad la espada, que encargado quedo de con la suya propia azotar á ese deslenguado, pues por serlo más que yo le odio.

JERÓNIMA. Vamos.

FIGUEROA. (*Aparte á Jusepa*). La áma Alarcon, y me la llevo. Ya volveré á que me premies.

(*Aparte á Morales*). Tu mujer áma al poeta.

(*Aparte solo*). Seguro estoy de que ya no se representará *La verdad sospechosa*.

ALARCON. Si tiemblo de ira y de coraje.

FIGUEROA. Habéis perdido, señor poeta, hasta la ocasion de encontrar en una covacha del Consejo de Indias algun buen empleo.

ALARCON. Decidle á vuestro amo el Sr. Lope de Vega, que si no consigo la covacha, me vengaré ¡yendo á ocupar un puesto junto á él en el templo de la inmortalidad!

TELON.

ACTO SEGUNDO.

La escena pasa en el tablado, poco ántes de que comience la primera representacion de La verdad sospechosa.—Decoracion adecuada.—En el fondo el telon, y la concha.—Los farsantes con los trajes de la comedia.

ESCENA I.

VILLAMEDIANA CON EL DISFRAZ DEL PRIMER ACTO.—MORALES CON EL TRAJE DE D. GARCÍA.

VILLAMEDIANA. Lleno está ya el corral.

MORALES. Faltarán aposentos, segun el tropel de gente que acude á oír la pasmosa comedia que estrenamos. Siéntome orgulloso de ser el autor de título del Príncipe, que vale mucho más que el corral de la Cruz, pues éste cuenta únicamente siete puertas y el mío ocho, ya para subir á los aposentos, ya para el escenario y su servicio; cuál para entrada de mujeres, cuál para los hombres, pues sabéis que no pueden entrar ni asistir mezclados ambos sexos; puerta hay para la alojería, puerta para la taberna, y otra que es la del cocheron. ¡Y qué espaciosos y cómodos son los aposentos de mi coliseo, nombrados segun sus dueños ó aspecto, ahora Pastrana, Uceda, Aragon, Carpio ó Almirante, ahora Esquina, Reja grande, Coje-esto ó Tablas! La Villa tiene principal aposento, por el cual apronta trescientos escudos anuales; y D. Rodrigo Calderon paga

cien ducados por una celosía. ¡Con razon rinde mi corral ocho mil pesos por año á los hospitales!

VILLAMEDIANA. ¿Tanto producen estas farsas? ¿Cómo recaudas?

MORALES. Como el corral debe cerrarse al anochecer, ábrese al medio día. De doce á dos se reparten los aposentos y bancos entre las personas que por ellos envían, dando natural preferencia á los títulos, caballeros y sujetos principales. Á real valían los cien bancos, y á doce los aposentos altos y bajos; pero ya subí los altos á diez y siete, y los bajos á catorce. La entrada ha costado indistintamente cinco cuartos; mas ya se está arreglando que se satisfagan dos al autor en la primera puerta; tres en la segunda, al comisario de los hospitales de la Pasion, Soledad y Anton Martin; cuatro al subir las gradas; y siete cada mujer que entre á oír la comedia. Los alguaciles cuidan de que nadie se excuse de pagar, y de que no haya escándalos, alborotos ni descompostura.

VILLAMEDIANA. ¿Recuerdas el escándalo que se armó contra el tirano corregidor D. Pedro de Guzman, que, por público pregon, prohibió en el año 13 la concurrencia del sexo hermoso?

MORALES. Recuérdolo, señor; pero triunfaron los hechizos y ruegos de las damas. Ahora la única gente de faldas que no se consiente es la frailesca.

VILLAMEDIANA. Lo que te probará, insigne autor, que el mérito no consiste en las faldas, sino en los rostros; que faldas tambien llevan las viejas, y yo de mí sé decir que ni por hembras las tengo.

MORALES. ¿Pues por qué las tenéis?

VILLAMEDIANA. Una vieja no es hombre ni mujer, es solamente vieja. Á veces da en ser cosa peor.

MORALES. ¿Qué, señor conde?

VILLAMEDIANA. Suegra.

MORALES. *Liberanos domine. (Persignándose).*

VILLAMEDIANA. *Amen.*

(Pausa).

MORALES. Alegres andan los villanos, señor conde.

VILLAMEDIANA. Como que la salud de Su Magestad les devuelve la calma y la ansiedad les arrebata. Por irme á reconciliar con la corte, para salvar á la Jerónima, fuí testigo de la solemne procesion que hizo la villa con el cuerpo del santo labrador, para salvar la vida del Monarca. Lleváronse las reliquias al monasterio de la Encarnacion, y allí se dijo la primera misa despues de la beatificacion; y á las tres de la tarde, colocado el bendito cuerpo en una litera de raso carmesí y pasamanos de

oro, con cuatro faroles á las esquinas, en que ardían gruesas hachas de blanca cera, partió la procesion para Casa-rubios, y yo con ella. Los pueblos encendían hogueras por los caminos, haciendo de la negra noche clarísimo dia; y á las 24 horas, entrábamos el domingo 17 por la cámara real con las venerables reliquias, colocadas en su caja de terciopelo carmesí con un paño de brocado, y llevadas en hombros de sacerdotes. Cuando entramos, se incorporó Su Magestad con gran trabajo en el lecho, adoró al santo, pidió la cayada del venturoso labrador, la besó tiernamente, y no quiso que la procesion volviese á Madrid sin que él la acompañase vivo ó muerto. Fué casi milagroso el alivio; y despues de 18 dias, ayer á 5 de Diciembre, era recibido el cortejo del santo labrador y del piadoso Monarca por más de dos mil personas, que, con hachas encendidas y á caballo, habían salido en procesion de la corte.

MORALES. ¿Y vinisteis ya con la gracia de Su Magestad?

VILLAMEDIANA. Y con la libertad de la Jerónima, que se está aderezando para venir á estrenar la comedia del indiano.

MORALES. ¿Pues por qué entónces guardáis esas dos jibas que así os desfiguran lo gallardo del talle?

VILLAMEDIANA. Deseo apuntar *La verdad sospechosa;* pero quiero que no lo sepa nunca el jorobeta. He comenzado protegiendo esta representacion, y no soy hombre de dejar á medias mis empresas.

MORALES. Si me lo permitís, señor conde, voy á ver cómo se adoban los rostros mis farsantas, y cómo están de trajes y presencia. Se acercan gentes, y no quiero que me interrumpan en faena tan importante. (*Se va*).

VILLAMEDIANA. Ve, Juan.

ESCENA II.

VILLAMEDIANA, DESPUES QUEVEDO, SUÁREZ DE FIGUEROA, MONTALBAN, MIRA DE AMESCUA, VÉLES DE GUEVARA, SALAS BARBEDILLO Y ANDRES DE CLARAMONTE.

VILLAMEDIANA. Fatigado estoy del viaje, y de andar despues á vueltas de covachas á tribunales y de alcaldes á inquisidores, hasta dar libertad á la Jerónima. Si pudiera descansar.... un momento.... Me cierra el sueño los pesados párpados..... (*Se duerme. Entran los poetas*).

QUEVEDO. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Miradle: está dormido. Pues ni así ha de escapar á nuestras sátiras el vitoreado poeta.

MONTALBAN. Lástima grande es, que á nuestro almuerzo haya faltado Villamediana. Sé de buena tinta que á la corte ha llegado con Su Magestad.

MIRA. Cansado de ser impolítico, á político se ha metido.

CLARAMONTE. (*Moviendo á Villamediana*). Despertad, que aquí hay amigos que quieren hablaros.

VILLAMEDIANA. (*Sin descubrir el rostro*). Hablad cuanto queráis, pues tengo destapadas las orejas. Si las orejas tuvieran párpados como los ojos, de buenas necedades se librarían.

QUEVEDO. Habéis de oír, mal vuestro grado, mi comento. Habéis dado por vuestros unos malos versos, y encargados estamos de castigar por tamaño delito al más delicioso de los autores dramáticos. Oídme, insigne D. Juan.

"Yo vi la segunda parte
De D. Miguel de Venégas,
Escrita por D. Talegas
Por una y por otra parte.
No tiene cosa con arte.
Y así no queda obligado
El señor Adelantado,
Por carta tan singular,
Sino á volverle á quitar
El dinero que le ha dado.

TODOS. ¡Magnífico! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

(*Villamediana ronca*).

FIGUEROA. ¡Diablo! está roncando. Despiértele con una sátira el Sr. Mira de Amescua.

MIRA. Me contento con decir, que del poema del Sr. Alarcon, yo hice 7 estancias.

VÉLEZ. Y yo 6. Allá va mi espinela.

"La dama que en los chapines
Te esperaba en pié muy alta,
Diga tu sobra ó tu falta,
¡Oh padre de matachines!
Porque por más que te empines,
Camello enano con loba,
Es de soplillo tu trova;
Aunque son de Apolo hazañas,
Que todo un juego de cañas
Te cupiese en la corcova."

CLARAMONTE. ¡Admirable! Que siga Montalban.

MONTALBAN. "¿Quién anda engañando *bobas*
Siendo rico de la mar?
Y ¿quién es en el lugar
Nonada entre dos corcovas?
¿Quién trae el alma en alcobas,
Y consigo propio trilla?
Corcovilla."

TODOS. Corcovilla, corcovilla. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

BARBEDILLO. Que diga algo Claramonte.

CLARAMONTE. Yo solamente sé aquello de

"Tanto de Córcova atras
Y adelante, Alarcon, tienes,
Que saber es por demas,
De dónde te corco-*vienes*,
Y *adónde* te corco-*vas*."

Á ver tú, Barbedillo.

BARBEDILLO. Pues vaya, en gracia de Dios.

"Segun Calepino, estoy
Cierto que en latin limado,
Quiere decir, *cor*, *¿quo vado?*
"Corazon, ¿adónde voy?"
Y aunque sátrapa no soy,
Interpreto que rigores
De la muerte anunciadores,
Cuyos son corcova y años,
Al autor son desengaños
Y causa de sus temores."

TODOS. Bien, bien, bien.

VILLAMEDIANA. (*Volviéndose*). ¿Habéis concluido, señores poetas?

TODOS. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

UNOS. No es D. Juan.

OTROS. Es otro D. Talegas.

MIRA. Llueven jorobetas.

FIGUEROA. ¡Qué magnífico argumento para un sainete: los dos corcovados! Se hará; se hará.

VÉLEZ. ¿Quién sois, amigo mío? ¿Sois acaso la sombra de D. Juan?

VILLAMEDIANA. Soy el apuntador, insignes ingenios. Soy, como si dijéramos, el verdugo de las comedias. Temblad ante mí: sois mis víctimas.

FIGUEROA. Tiene gracia. ¿En dónde está el poeta?

VILLAMEDIANA. ¿Le vais á ensartar todas esas tonterías?

QUEVEDO. Sí, porque ha cometido un crímen de leso Parnaso. Porque no quiso ó no tuvo tiempo, encargado de escribir un canto, repartió las estancias entre los poetas amigos, y resulta que solamente es suya la portada. Hemos almorzado juntos, y venimos á vapularle con nuestras bromas.

VILLAMEDIANA. Cuidad, no tome la posteridad por veras vuestras burlas.

QUEVEDO. Burlas son, que no veras. Admiracion, y no risas, cáusanos el indiano. El mismo Lope cantará su gloria en su *Laurel de Apolo*.

VILLAMEDIANA. Pues si queréis verle, supóngole en los cuartos de los farandu-leros, adiestrándolos, y midiéndoles el azarcon y el albayalde!

TODOS. Vamos, vamos.

(*Se van, haciendo ruido, foro izquierda*).

VILLAMEDIANA. Id con Dios, mordaces. Aunque ni en eso me lleváis la ventaja.

ESCENA III.

VILLAMEDIANA.—ALARCON, QUE ENTRA POR LA DERECHA.

ALARCON. Son mis amigos los poetas. Vamos á agasajarlos, que en honra mía vienen.

(*Hace movimiento de seguirlos: pero le detiene Villamediana*).

VILLMEDIANA. Esperad, glorioso vate, esperad. Mucha priesa lleváis, y no ponéis reparo en pasar de largo, sin preguntar á mi humildísima persona, ni la causa de mi ausencia, ni nuevas de la Jerónima. ¿Tanto puede la vanidad, que más que el amor puede?

ALARCON. Perdóname, Alcorcon: la gloria es sol que ofuzca y deslumbra, y no deja ver lo que nos rodea. Háblame de Jerónima. ¿La has visto? ¿Sabes en dónde se encuentra? ¿Le has hablado? ¿Te ha dicho algo para mí?

VILLAMEDIANA. Calma, calma, enardecido amante. ¡Pues sois atento conmigo! Todo es preguntar por la Jerónima. ¿Alcorcon qué importa? No ha venido al tablado, porque tal vez se rompió un pié, ó le dió tabardillo, ó se descompuso una jiba..... pues que buen provecho haya.... lo único que nos interesa es saber de la Jerónima. ¡Amor, qué egoísta eres! ¡Fueras despreciable, si no te sintiéramos en el alma fuego sublime, y si siendo egoísmo no fueses al mismo tiempo sacrificio!

ALARCON. Verdad es: dime....

VILLAMEDIANA. Pero os esperan los poetas.... la gloria.... los lauros.....

ALARCON. Déjate de poetas y de glorias. Cuéntame....

VILLAMEDIANA. ¿Lo que me ha pasado? ¡Qué bueno sois! Os interesáis tanto por mí, que todo lo dejáis por saber las cuitas del mal forjado Alcorcon.

ALARCON. ¿Pero me dirás algo de Jerónima?

VILLAMEDIANA. ¡Ah! ¡que por ella es por lo que olvidáis los lauros! Y con razon, pues la gloria es humo que el viento se lleva, y es el amor incendio capaz de abrasar en sus llamas á todo el universo. Oídme.

ALARCON. Impaciente escucho.

VILLAMEDIANA. Cuando se llevaron á la Jerónima, os ofrecí emplear en su favor cierta influencia eclesiástica de un mi pariente. Anduve á

salto de mata, y de aquí para allá, hasta conseguir verla. Logré al fin penetrar en su calabozo.

ALARCON. ¿Le hablaste?

VILLAMEDIANA. Si á eso iba yo, ¿cómo no había de soltar la sin hueso? La encontré estudiando su papel de *La verdad sospechosa.*

ALARCON. ¡Jerónima!

VILLAMEDIANA. Díjome que la acusaban de irreligiosa. Corrí á Búrgos, y la autoridad eclesiástica certificó que jamas mujer más santa y más devota había residido en la ciudad. Fuí á ver.....es decir, hice que mi pariente fuera á ver al Rey; y por fin anoche se le mandó poner en libertad. Toda la mañana he andado de trasiego para que la órden se cumpliese.....

ALARCON. ¿Y está libre?

VILLAMEDIANA. Aquí la tenéis.

(En ese momento aparece Jerónima por la izquierda, y se lanza á los brazos de Alarcon).

ESCENA IV.

ALARCON.—JERÓNIMA.—VILLAMEDIANA.

JERÓNIMA. ¡D. Juan!

ALARCON. ¡Mi Jerónima!

VILLAMEDIANA. (*Aparte*). Mútis, señor apuntador, mútis. Decididamente el amor es egoísta; nada más que es el egoísmo de dos. Mútis, mútis.

(*Se va por la izquierda*).

ESCENA V.

JERÓNIMA.—ALARCON.

(Jerónima siente un desfallecimiento, en el cual debe expresar á la vez su debilidad física y su grande emocion moral. Se apoya en la mesa, y se deja caer en el sillon).

JERÓNIMA. ¡Ah! ¡Volver á la vida, para morir! ¡Tornarte á ver, para que se apague la luz de mis ojos! ¡Tenerte otra vez á mi lado, cuando ya siento que mi alma extiende sus alas para volar de este mundo!

ALARCON. Calla, calla; tú estás loca. ¿Cómo puedes decir eso, si es imposible?

JERÓNIMA. ¿Verdad que es muy triste?

ALARCON. Es muy triste: calla.

JERÓNIMA. Niña, no conocí á mis padres. El látigo de un histrion acarició mi niñez. Entrada en la mitad de la corriente de la vida.... ¡Ah! no..... no quiero recordarlo..... es una infamia..... infamia espantosa..... Don Juan, arráncame de la frente la memoria.. Recuerdos, sois como la losa del sepulcro... al levantaros, se siente fetidez... Déjame, Juan.... ¿no sientes el ambiente de los muertos?....

ALARCON. Tranquilízate. Mírame á tu lado. Va á comenzar pronto la representacion, y vamos á compartir vítores y lauros.

JERÓNIMA. (*Que despues de su exaltacion, muestra decaimiento*). Es verdad... es verdad.... he venido á estrenar tu comedia.... Cuando entré en el calabozo, la humedad y el miedo, los dos fríos del cuerpo y del alma, fueron como veneno para mi quebrantada salud.... Desde entónces siento que me muero..... Pero tenía yo una lámpara..... apénas alumbraba..... yo adivinaba tus versos.... y los leía.... y estudiaba..... Sé muy bien mi papel... Lo voy á hacer muy bien.... Vas á quedar contento.... Nos aplaudirán mucho..... mucho.... Y despues.... despues....

ALARCON. Vamos á tu aposento; reposarás un instante. Verás como cobras fuerzas.

JERÓNIMA. Vamos. (*Ya que van á desaparecer por la izquierda, le dice á Alarcon con acento exaltado:*) ¡Te ámo!

(*En el momento que van á salir, aparecen por el fondo izquierda Jusepa y Figueroa: ambos se sorprenden de verlos; oyen las últimas palabras, y se adelantan al proscenio*).

ESCENA VI.

JUSEPA.—FIGUEROA.

FIGUEROA. (*Con asombro*). ¡Jerónima aquí!

JUSEPA. (*Con cólera*). ¿De qué habéis servido entónces? ¿Para qué sirve la Inquisicion? ¿Para qué el Sr. D. Lope de Vega?

FIGUEROA. Si no comprendo.....

JUSEPA. ¡Y yo os he dado mi amor! ¡yo he engañado á mi marido por vos! Solamente las consideraciones de ser mujer, tienen y atan las manos de mi justo enojo. Y vendrá la bachillera á quitarme el papel en el día del estreno..... La aplaudirán, y con los aplausos aumentará el amor del indiano..... No, no.... quitaos de mi presencia, Figueroa; que dicen que el amor todo lo puede, y vuestro amor no sirve para nada.

FIGUEROA. Estoy buscando un recurso que todo lo remedie.

JUSEPA. ¡Pues no es mentecato el poeta! Beber los vientos por una dama entecada, que tiene voz de chirimía, y que suspira como fuelle de órgano. Y luégo, si inclinado de su estrella, hubiese caído preso en los encantos de una jóven virtuosa y honesta.... Pero la Jerónima es una buscona. ¿Ni qué otra cosa podía ser? ¿Quién ignora sus aventuras con el Sr. Lope de Vega? Bien lista que fué entónces *la dama boba*.

FIGUEROA. *Eureka*. Prométeme obediencia en todo. He encontrado el modo de que ambos seamos vengados. No cabe en mis mientes verla libre de las garras de la Inquisicion. Pero yo le daré otro verdugo más terrible.

JUSEPA. ¿Cuál?

FIGUEROA. El mismo D. Juan.

JUSEPA. Explicadme.....

FIGUEROA. Despues. Ahora no hay tiempo que perder. Lo que importa es que en todo me obedezcas. Lláma á D. Juan, de parte de un caballero que le busca.

JUSEPA. Voy. (*Hace movimiento de irse*).

FIGUEROA. ¿Pero te vas, sin que mis labios sellen en tu mano la paz de nuestra querella?

(*Se vuelve, y al besarle Figueroa la mano, entran por la izquierda y lo ven, Morales y Villamediana*).

ESCENA VII.

JUSEPA.—FIGUEROA.—MORALES.—VILLAMEDIANA.

VILLAMEDIANA. Recio besáis, señor doctor.

MORALES. (*Que hace movimiento de precipitarse*). ¡Ah! ¿sois vos, Sr. de Figueroa? Respiro. Sé cuanta es vuestra severidad de costumbres, y estoy tranquilo.

VILLAMEDIANA. (*Aparte*). Es igual á todos los maridos.

FIGUEROA. Beso era de respeto, y de pláceme por el próximo triunfo.

JUSEPA. Ni que otra cosa ser pudiera.

MORALES. Jusepa sabe, que si no por amor, por terror debe ser honesta. Que me falte, y la mato.

VILLAMEDIANA. No sería ésa, virtud. Á lo ménos, júzgalo de tal suerte Góngora, en el siguiente soneto:

"Si por virtud, Jusepa, no mancharas
El tálamo consorte del marido,
Otra Porcia de Bruto hubieras sido,
Que, sin comer, sus brasas retrataras.
Mas no es virtud el miedo en que reparas,
Por la falta que encubre tu vestido;
Pues yo sé que sin ella fueras Dido,
Que á tu Siqueo en vida difamaras.
No llames castidad la que forzada,
Hipócrita, virtud se representa,
Saliendo con su capa disfrazada.
Jusepa, no eres casta; que si alienta
Contraria fuerza á tu virtud cansada,
Es vicio la virtud cuando es violenta."

Por supuesto, que son calumnias del de Argote.

JUSEPA. Empalagoso estáis con vuestros sonetos, señor.....

VILLAMEDIANA. (*Interrumpiéndola*). ¿Qué?

JUSEPA. Alcorcon.

FIGUEROA. No sé cómo el Sr. Morales no os impide tales insolencias.

MORALES. Como es el gracioso de la farándula.....

FIGUEROA. Pues de mí sé, que si las repite en mi presencia, le arrancaré la lengua.

VILLAMEDIANA. Cuidad la vuestra, señor doctor por Salamanca; que la necesitáis para decir necedades. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

(*Se va riendo. Jusepa saluda, y se va por distinto bastidor; pero ambos por la izquierda*).

ESCENA VIII.

FIGUEROA.—MORALES.

FIGUEROA. (*Que ha estado un momento pensativo, como buscando una idea*). Morales, hacéis bien en confiar en mí; pero desconfiad de algun otro.

MORALES. ¿De quién? Explicaos.

FIGUEROA. Corcovado es el poeta; pero nadie ignora que tiene gran partido con las damas.

MORALES. Me hacéis sospechar. ¿Por qué me trajo su comedia, y no la llevó al corral de la Cruz?

FIGUEROA. Por acercarse á Jusepa, sin que en ello paráseis la atencion.

MORALES. Y cierto es que Jusepa tuvo gran empeño en que se representase, y en que la prefiriera yo á otras muchas y muy buenas que me ofrecían.

FIGUEROA. Todo el mundo ha reparado en ello.

MORALES. Pues yo alejaré al poeta, áun cuando no deba dar otra vez su comedia. Pero permitidme que vaya á ver que alimenten bien de manteca los mecheros, que ya se va llenando el corral, y se acerca el momento de la representacion. (*Se va por la derecha*).

FIGUEROA. Ve en paz, marido celoso; que tú, sin saberlo, me ayudarás á triunfar.

ESCENA IX.

ALARCON.—FIGUEROA.

ALARCON. (*Al ver á Figueroa, se detiene, y hecha mano al puño de la espada*). ¡Ah! ¿sois vos quien viene en mi busca? ¡Vive Dios! que de ello me huelgo, pues sin descanso os he buscado para mataros. Salgamos.

FIGUEROA. Ved que se va á comenzar vuestra comedia.

ALARCON. La honra es lo primero, señor doctor.

FIGUEROA. Primero es la razon, señor licenciado; y es necesario que me oigáis un momento. Con las lenguas se entienden los hombres.

ALARCON. Entendámonos con las lenguas de acero de nuestras espadas.

FIGUEROA. Despues, si insistís: os lo prometo. Pero ántes escuchadme.

ALARCON. Sed breve.

FIGUEROA. No es oculto, que por amor al Sr. Lope de Vega, he hecho la guerra á vuestra comedia.

ALARCON. Eso no me ofende. Jamas me ha ofendido la envidia, que rastrera de por sí es, y andando por el suelo, no puede alcanzarme.

FIGUEROA. Creí que prendiendo á la Jerónima, no tendría lugar la representacion.....

ALARCON. Ésa es la injuria: habéis ultrajado á la mujer que ámo.

FIGUEROA. No pensé que fuera para vos caso de honra, el amor de una farsanta, que al fin no es más que vuestra.....

ALARCON. (*Interrumpiendo*). Callad esa palabra. Así sois vosotros los infames, y sobre infames calumniadores: sois muy pequeños, y no podéis comprender, ni la pureza de una comedianta, ni el amor de un poeta. Creéis que una farándula es un cesto de vicios. ¡Y cómo no lo ha de ser, si venís todos vosotros á infestarla! Tenéis constantemente bajo vuestras narices el aliento mefítico de vuestras bocas, y es imposible que percibáis el puro aroma de los azahares, que por ventura puede haber en un corral. ¡Cómicos! decís; luego vicio. ¡Farsantes! gente de vida alegre. Y yo digo: ¡Farándula! misterio de sacrificios, abismo de lágrimas. Con las estúpidas carcajadas, de vosotros los que venís á reír con los comediantes, se podría formar un huracan que barriera el mundo. ¡Con el llanto que vierten en silencio los que os hacen reír, se podía hacer un Océano que

inundara toda la tierra! Los comediantes son la realidad, porque ellos, como la realidad, son el dolor. Vosotros sois la farsa, con vuestras galas y golillas, con vuestros agigantados y holandescos canjilones, y vuestros cerebros almidonados con estúpida vanidad: esclavos siempre, en vuestro cuerpo por no ajar vuestras golillas; en vuestra alma, por no ajar vuestro orgullo. ¡Hablad ahora del genio de la escena, farsantes silbados!

FIGUEROA. Perdon os pido; pero como las antiguas costumbres de la Jerónima.....

ALARCON. ¿Qué decís?

FIGUEROA. Para nadie es un misterio que tuvo deslices con el Sr. Lope de Vega.

ALARCON. ¿Con él?

FIGUEROA. Hacia el año 13 le abrió en Segovia su cámara en las altas horas de la noche.

ALARCON. ¡Si es imposible!

FIGUEROA. Preguntadlo: nadie lo ignora; nadie me desmentirá. ¿Y ahora creéis justo el reñir?

ALARCON. Si es una calumnia, os mato.

FIGUEROA. Me encontraríais á vuestras órdenes. (*Yéndose por la izquierda; aparte*). Agreguemos al oprobio el escándalo. Hagamos venir, en primer lugar, á la Jerónima.

ESCENA X.

ALARCON, SOLO.

(*Se cruza de brazos, y fija la vista en el suelo*).

Amor..... sueño..... Virtud.... mentira..... Gloria.... palabra que arrebata el viento.... Inmortalidad.... ¡festin de gusanos en el atahud de un cadáver!

¿No hay, pues, nada en la tierra? ¿Es engaño el sol que alumbra nuestros ojos? ¿Es burla la pasion que arde en el alma?

¿La pluma del poeta no es pluma de ala para volar al firmamento? ¿La espada del caballero es fierro inútil ó criminal instrumento de venganza? ¿Sirven tan sólo las manos para asesinar, y el corazon para que nos asesinen?

Huír del mundo..... sí..... ¿Entrar en un claustro?..... ¿Para qué?.... Entraría en el claustro con mi corazon.... con este reptil que vive enroscado, aquí, dentro de mi pecho.... y que por las venas hace cundir su venenosa baba..... Sin corazon no es posible la vida.... ¿Y acaso es posible la vida, teniendo corazon?

Corazon, corazon mío, yo te creí perla encerrada en las dos conchas de mis jorobas.... ¡y eres ridículo é infamia por dentro, como por fuera son mis jorobas ridículo é infamia!

(*No acoto este monólogo: el talento del actor lo detallará*).

ESCENA XI.

ALARCON Y JERÓNIMA.

(*Alarcon ha quedado pensativo y sombrío. Jerónima entra cariñosa, aunque presa de la melancolía de su enfermedad. Viene ya en traje de carácter para la comedia*).

JERÓNIMA. Mi D. Juan, ¿me llamabas?

ALARCON. Señora.....

JERÓNIMA. ¿Qué tienes? Severo está tu rostro: fría tu mirada como hoja de puñal.

ALARCON. Sentaos, señora. Quiero consultar vuestro parecer sobre asunto tan grave, que pudiera en ello irme el ánima y la vida. (*Se sienta Jerónima. Alarcon de pié*).

JERÓNIMA. Te escucho.

ALARCON. Cuéntase que no ha muchos años había una jóven comedianta vencida por las fuerzas poderosas de amor; de amor, digo, inconsiderado, presuroso y lascivo y mal intencionado, capaz de atropellar designios buenos, intentos castos y proposiciones discretas. Era la dama algo atrevida, y algun tanto libre y descompuesta. Parece, que cansada de llevar la nave de su ventura con próspero viento por el mar de la vida humana, quiso que diese en un bajío que la destrozase toda. Y dícese que una noche oyó infames coloquios de un gran señor y gran poeta; y en vez de que tales pláticas hicieran brotar indignacion á raudales en su pecho, alzó una gran risa..... y desenvuelta.... y cortesana impúdica.... no levantó á la siguiente mañana su frente de azuzenas.... que ocultaba á la luz entre almohadones su rostro mancillado. ¿Sabéis esa historia, señora?

JERÓNIMA. No te comprendo..... no quiero comprenderte.....

ALARCON. Más tarde, vióla en una alborada de Primavera, un hombre feo de cuerpo.....

JERÓNIMA. Hermoso de corazon.

ALARCON. Parecióle ver salir el sol, tan alegre y regocijado, barriendo el cielo de las estrellas y bordando las nubes con diversos colores, que no se podía ofrecer otra cosa más alegre y más hermosa á la vista.

JERÓNIMA. ¡Ah!

ALARCON. Crédulo era aquel hombre como el amor; ciego como él; niño como él. Con loca adoracion se entregó á aquel ángel; pues ángel, no mujer, se le antojaba. ¿Y cómo pagó ella tanto cariño? Le engañó.

JERÓNIMA. No.

ALARCON. Sí, miserablemente.

Decidme, señora, ¿sabéis quién es la comedianta que abrió las puertas de su cámara y de su honor al Sr. Lope de Vega?

JERÓNIMA. Yo: mátame.

ALARCON. ¿Mataros?..... no..... Las venganzas castigan, pero no quitan las culpas.

¿Y conocéis, señora, al hombre engañado, con engaño tal, que creyó cielo el infierno y luz las tinieblas?

JERÓNIMA. ¡Por Dios!..... óyeme.....

ALARCON. Si habéis sido, como farsanta del tablado, farsanta del amor.

JERÓNIMA. (*Poniéndose de pié*). Óyeme, te digo. Y despues, si mi sangre puede limpiar tu mancha, tómala, que es tuya toda.

ALARCON. Hablad.

(*Media pausa*).

JERÓNIMA. (*Con tristeza y decision*). Gloria de los corrales, encanto de los mosquetes, mirábame aplaudida y vitoreada. El peso de mis coronas había levantado mi frente. Ya no podían abajarse mis ojos. Yo necesitaba amar á un rey, á un actor ó á un poeta. Encontré en mi camino mi perdicion. Lascivia en vez de amor. Engaños en lugar de la fe prometida. Vanidad en cambio del misterio de un santo cariño. Como severo juez que condena á muerte al criminal, maté yo mi alma, maté mi corazon. Juré vivir atada al arte, como presidiario á su cadena. La muerta te vió un día, y se animaron de nuevo mi corazon y mi alma. Solamente un Dios puede dar otra vez la vida al cuerpo que se pudre en el sepulcro; y tu mirada, como la de Dios, dijo á mi vida muerta: "levántate y áma." Mi corazon que ya no sonaba sino con el pausado palpitar del toque de difuntos, se movía precipitadamente en mi pecho como repique de alegría. Mi alma despertaba de su sueño, y olvidaba lo pasado, como se olvida una espantosa pesadilla. Parecióme que por primera vez existía. Yo era tinieblas; pero tú eras luz tan inmensa, que mis tinieblas tambien alumbraron. Parecióme mi alma blanca paloma, porque era tu alma pura la que en mí veía. Parecióme el sonar de mi corazon risa inocente de niño, porque era tu corazon sin mancha el que yo oía en mi pecho. Á fuerza de mirarme en los límpidos cristales de tus ojos, me vi blanca y pura.... y ¡te amé con delirio!

(*Pausa*).

ALARCON. Sigue.

JERÓNIMA. Un día oí decir que te casabas con tu prima Doña Ana Bobadilla.... y sentí celos..... celos horribles.... Fueron el cauterio que me despertó de mi letargo..... Iba á gritar con gemidos de quejas..... y comprendí que ni quejarme podía..... La mujer manchada es raso que no sirve ya para aderezarse..... Y te huí..... ¡Desgraciada de mí!..... No pude llevarme ni mi alma ni mi corazon.... Junto á tí se quedaron..... ¿No sentías á veces á tu lado como suspiros y aleteos?

(*Pausa*).

ALARCON. Sigue.

JERÓNIMA. Se representó tu divina comedia *Las paredes oyen*: vine á verla. Aquel fué mi castigo. Tú eras D. Juan: Doña Ana tu prima.

Salí desesperada.... llorando..... loca... y no te había vuelto á ver jamas.... Mi cuerpo, que era la infamia, estaba léjos de tí..... ¿Qué más podía yo hacer? ¿Por qué me hiciste venir? ¿Por qué?

Hoy siento ya que la muerte se acerca..... Tú me mátas: gracias.... Al fin volaré libre á otras regiones.... gracias.... gracias....

(*Se deja caer en el sillon. Alarcon se le acerca. En ese momento aparecen los poetas y comediantes*).

ALARCON. ¡Jerónima!

ESCENA XII.

DICHOS Y FIGUEROA QUE SALE CON LOS POETAS.—DESPUES MORALES, JUSEPA, LOS COMEDIANTES Y VILLAMEDIANA.

QUEVEDO. ¿En dónde está el poeta?

ALARCON. (*Separándose de Jerónima, y fingiendo alegría*). Señores..... muy agradecido..... á que vengáis..... por aquí.....

MONTALBAN. Pero algo os pása, D. Juan: estáis cadavérico.

MIRA. Contadnos.

BARBEDILLO. Somos vuestros amigos.

CLARAMONTE. Si de algo servimos.

VÉLEZ. Disponed de nosotros.

FIGUEROA. Pálido está nuestro querido D. Juan, de verse engañado de una vil aventurera.

JERÓNIMA. (*Aparte*). Me siento morir.

ALARCON. ¡Callad por los cielos!

FIGUEROA. No: quien os ha engañado, merece no solamente vuestro desprecio, sino el de todos los que os queremos.

JERÓNIMA. (*Poniéndose de pié, con altivez á Figueroa*). ¡Infame!

QUEVEDO. ¿Es ella?

BARBEDILLO. ¡La Jerónima!

MONTALBAN. No es la primera zorra que desuella.

MIRA. ¿Qué dirá Lope?

VÉLEZ. Al fin mujer.

CLARAMONTE. Y comedianta.

ALARCON. (*Aparte*). Me máta la vergüenza.

JERÓNIMA. (*Aparte*). El dolor me asesina.

MORALES. (*Entrando por la derecha*). Despejad: el corral está lleno; el público se impacienta; oídle: va á comenzar la representacion.

(*Se oyen dentro ruido y palmadas*).

JUSEPA. (*Que entra por la izquierda con los comediantes*). Ántes, mi señor esposo, lanzad á esta mujerzuela que provoca escándalos en el corral.

(*Los poetas se han acercado á Alarcon, como consolándole*).

JERÓNIMA. (*Que se pone de pié, y vuelve á caer en el sillon*). ¡Mujer cruel!

MORALES. Despejad. Se hace tarde.

(*Se oyen aplausos*).

JERÓNIMA. (*Quiere andar, y no puede*). Por piedad.....

FIGUEROA. (*Con burla*). ¿No hay un caballero que dé el brazo á esta casta doncella?

ALARCON. (*Adelantándose*). Yo.

JUSEPA. Podíais tener un disgusto con el Sr. Lope de Vega.

ALARCON. (*Retrocediendo*).. ¡Oh!

VILLAMEDIANA. (*Entrando*). Dadme el brazo, señora.

MONTALBAN. El otro....

FIGUEROA. El apuntador.....

MIRA. El gracioso....

VÉLEZ. Sin gracia.....

QUEVEDO. ¡Un hombre noble!

TODOS LOS POETAS, MÉNOS FIGUEROA. Es verdad.

ALARCON. (*Aparte*). Más noble que yo.

JUSEPA. (*Aparte*). ¡Oh rabia!

FIGUEROA. (*Con ira*). Bien por vos, que protegéis á la farsanta hundida en el fango de torpes liviandades.

VILLAMEDIANA. No: á la mujer caída, que se redime y levanta á los cielos, por el amor: ¡á la grandeza de la debilidad!

(*Todos se hacen á un lado. Alarcon deja caer la frente. Jerónima se va con Villamediana, dirigiéndole una mirada. Se oyen fuera aplausos y ruido*).

TELON.